

Martí en su diario

Al revés de lo que pasa en la literatura anglosajona y francesa, la escritura autobiográfica en las letras hispanoamericanas es relativamente escasa y discontinua; casi puede decirse que no hemos establecido un verdadero arte o tradición de escribir literatura desde el yo. ¿Pudor? ¿Aversión a los riesgos de exponerse al juicio de los otros? ¿Desinterés por convertir lo privado en público? ¿Falta de ánimo confesional o de hechos por confesar? Difícil saberlo, pero lo cierto es que la cuestión tiene que ver con los hábitos intelectuales que rigen la vida espiritual en el continente, según los cuales hablar de uno mismo parece menos urgente e interesante que escribir sobre la compleja realidad que nos rodea y que exige de nosotros más el retrato objetivo que el autorretrato íntimo.

La curiosa situación que plantea una literatura con grandes y vigorosas personalidades del calibre de Bello o Montalvo, en el siglo XIX, o Lugones y Martínez Estrada en el presente, pero sin testimonios que nos hablen de ellos por ellos mismos, no deja de llamar la atención y quizá demande un estudio sobre la exigüidad de la escritura subjetiva —rubro en el que incluyo la autobiografía, el diario y las memorias— en un continente donde el escritor, antes que intentar lo que Gusdorf llamó *a true creation of the self by the self* (Gusdorf 44)¹ —colindante por lo tanto con la ficción aunque tiene la pretensión de la verdad—, antes ha preferido cumplir otros papeles públicos: profeta, educador, guía, caudillo, conciencia nacional, etc. Si se piensa además que nuestra literatura nace precisamente con un diario —el seminal *Diario de viaje* de Colón— y que en el gran género que esas páginas implantaron en América —la crónica de la conquista— hay casi siempre reconocibles vetas autobiográficas y testimoniales, el caso no puede ser más intrigante.

¹ La cuestión de la escritura autobiográfica y su peculiar naturaleza literaria ha despertado renovado interés crítico en las últimas décadas. Aparte del libro de Gusdorf, pueden consultarse los de János Szávai y Michel Beaujour, citados en la bibliografía.

Nada de esto quiere decir que no tengamos algunos considerables esfuerzos autobiográficos; su misma escasez los hace más notables y visibles en nuestro proceso literario. El caso más remoto y más ilustre en el que una personalidad excepcional decide hablar en primera persona, auscultarse y revelarse entre enigmas y secretos, es el de la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* de Sor Juana, gracias a la cual podemos ingresar en dos mundos sellados: el de su yo y el de su encierro conventual. Otra monja, la colombiana Francisca Josefa del Castillo y Guevara, conocida como la «Madre Castillo», ya en el siglo XVIII, escribió unos *Afectos espirituales* y una *Vida* que configuran la autobiografía de una verdadera mística (mística en un grado que casi no encontramos en Sor Juana), con visiones celestiales y tormentos físicos de un alma entregada a la arrobada contemplación de Dios.

Cuando los aires de la Ilustración invaden ese mismo siglo XVIII, se borran las sombras de la escolástica y se debilita la suprema autoridad de la Iglesia sobre las mentes criollas, surge cierto interés en desnudar el alma y defender tanto la persona privada como la pública. En un siglo tan fuertemente agitado como éste por las ideologías y las batallas bélicas e intelectuales entre revolucionarios y defensores del *status quo*, el estilo confesional que los librepensadores y radicales del iluminismo europeo habían descubierto como un arma contra el absolutismo monárquico, produce en América un estímulo en esa misma dirección. Algunas grandes figuras del momento escriben diarios (Francisco de Miranda) o memoria (Fray Servando Teresa de Mier), pero éstas reflejan sólo en parte sus respectivas vidas fabulosas y dan una imagen más bien pálida de sus inquietudes, aventuras y quehaceres, que parecen propios de personajes novelescos. La personalidad quizá más potente y contradictoria de América a mediados del siglo pasado, Domingo Faustino Sarmiento, escribió formalmente una autobiografía, y se retrató constantemente, de frente y al sesgo, en las biografías que escribió, convencido de que la historia no podía ignorar los caracteres individuales de los hombres que la protagonizan.

Más tarde, Eugenio María de Hostos y Rubén Darío hablarán de sí mismos, el segundo con una brevedad que desmiente su intensa vida. Los hombres de la generación asociada al Ateneo mexicano (como Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña) y los del grupo «Contemporáneos» (como Jaime Torres Bodet) nos han dejado diarios o memorias que, en el caso de Vasconcelos, pueden considerarse piezas claves de su producción. Y en el resto de nuestro siglo, los aportes de distinto carácter que van de Victoria Ocampo y Pablo Neruda hasta los más recientes de Guillermo Cabrera Infante, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz, Adolfo Bioy Casares y Reinaldo Arenas tienen que considerarse a la hora de examinar cómo los pocos que se animan a escribir sus vidas, encaran ese reto en el vacío o ausencia de tradición que antes he señalado.

Pero de todos los textos hispanoamericanos que caben dentro de ese modo literario, pocos nos parecen más cautivantes y excepcionales que el *Diario de campaña* de José Martí, porque es, a la vez, el testamento de un hombre que va a morir dejándolo inconcluso y las páginas que documentan el origen de una nación. Nacimiento y muerte, reencuentro y separación final, exaltación y tragedia: esas notas dan al *Diario* una significación que excede la que le otorgan las circunstancias en las que fue escrito, y que lo proyecta —remontando exactamente un siglo— sobre nuestra misma actualidad. Este diario contiene una inesperada predicción o premonición de nuestro destino histórico, específicamente el destino de Cuba y los cubanos. Sellado con sangre a fines del siglo XIX es un libro que se abre esclarecedoramente sobre nuestro propio fin de siglo, también manchado de sangre.

El *Diario de campaña* invita a una larga serie de reflexiones —estéticas, humanas, históricas, ideológicas, etc.— que es imposible examinar en su totalidad y con la debida extensión en el espacio del que dispongo. Me limitaré a hacer unas cuantas reflexiones personales que el texto despertó tras una reciente relectura.

I. Martí, escritor fragmentario e íntimo

La obra escrita de Martí es enorme: en la última de las varias ediciones de sus obras «obras completas» llena, incluyendo el índice general, 27 volúmenes². Y bien sabemos que siguen incorporándose a ese cuantioso corpus una serie de papeles inéditos, borradores, primeras versiones, variantes, etc. Lo singular es que, si descontamos sus tres breves colecciones de poesía —*Ismaelillo* (1882), *Versos sencillos* (1891) y *Versos libres* (póstuma)— y su novela *Amistad funesta* (1885) que él publicó bajo el pseudónimo femenino de Adelaida Ral, prácticamente todo el resto de esa obra carece de libros orgánicos y unitarios. Lo que Martí nos ha dejado es un conjunto heterogéneo de páginas sueltas, una vasta suma de textos dispersos y de escritos de ocasión que reflejan bien los avatares de una vida desgarrada entre tareas, pulsiones y urgencias tan distintas y profundas que parecen corresponder a varios individuos. Y sin embargo, esa dispersión y fragmentación textual ofrece el retrato único e inconfundible del hombre que la produjo: cada retazo es una precisa porción del diseño total en la que su personalidad se refleja³.

Si queremos, pues, encontrar un centro en la producción de Martí, tal vez no debemos buscarla en tal o cual libro (pese a que en su vertiente poética parezca haber un núcleo fundamental), sino en la persona literaria y espiritual que genera los retazos y a la vez es generada por ellos. La escritura

² José Martí. Obras completas. 27 vols. La Habana: Editora Nacional de Cuba, 1963-1973. En adelante se cita en el texto como OC, indicando el número del volumen y página correspondientes.

³ Sobre el carácter fragmentario, heterogéneo y pluralista de la obra martiana, véanse las reflexiones de Enrico Mario Santi, «Meditación en Nuremberg: los últimos días de José Martí».

martiana es intensamente autobiográfica y aun confesional, a la vez que rapsódica y de ritmo periodístico, porque las mismas crisis y situaciones históricas por las que atravesó lo hicieron resignarse a no escribir los libros que seguramente quería escribir, a tomar meros apuntes y notas para ellos; de esas páginas escritas al vuelo y bajo la presión de los acontecimientos, nosotros tenemos que desprender el verdadero y alto designio de Martí.

Lo que quiero decir es que el autor tuvo que adoptar, incluso en ocasiones que parecían poco aparentes (por ejemplo, cuando el asunto era la política o la historia) los rasgos de un escritor *intimista*, que debía usar claves y señas que le permitiesen a él reconstruir sus propias vivencias y reflexiones para un momento posterior y más propicio a sus intenciones. Así, Martí desarrolló, por un lado, un sistema de anotación abreviada, una forma especial de «taquigrafía» (que ha complicado la tarea de descifrar y establecer sus textos), como ocurre con el heterogéneo conjunto recogido bajo el título general de «Fragmentos», que proviene de notas escritas en papeles sueltos; por otro lado, adoptó los hábitos de la escritura confidencial, la que se guarda no tanto para mostrar a otros, sino para uno mismo, pues tiene un carácter privado y a veces secreto: un monólogo en forma de diálogo.

Esta actitud se nota mejor en lo que escribió durante sus años neoyorkinos (1880-1895), sin duda el período más dramático y torturado de su vida⁴. en los «Fragmentos» y en las notas provenientes de los llamados «Cuadernos de apuntes», porque aparecen en cuadernillos o pequeñas libretas a veces fechados por años como borradores de un diario, hay confesiones sobre asuntos que angustiaban a Martí en ese período y que apenas si se atrevía a mostrar, al sesgo, en versos y textos destinados a la publicación. La ruptura definitiva de su relación matrimonial como Carmen Zayas y el consecuente alejamiento definitivo de su hijo «Pepito» (agosto de 1891); su difícil relación amorosa con Carmita Miyares de Mantilla, la mujer que permaneció a su lado hasta el final; y sobre todo la existencia de María Mantilla, fruto natural de esta relación que Martí tuvo que negar ante los demás y criar como «ahijada», son acontecimientos que afectan hondamente la vida personal del autor. El lector de *Ismaelillo* y los *Versos libres* podrá advertir la suprema importancia que todo eso cobra para él. Entre los «Cuadernos de apuntes», Martí registró versos que no alcanzó a recoger o que tal vez no tenía intención de recoger: eran confidencias y testimonios de sus pesares más secretos, notas más cercanas a la escritura diarística que a la poesía; en la edición de su *Poesía completa* preparada por el Centro de Estudios Martianos se agrupan en la sección «Versos varios»⁵. Una imagen aparente reiterada con insistencia: la del barco azotado por una furiosa tempestad y a punto de zozobrar. Por lo menos en dos de esos textos o fragmentos, aparece la figura del hijo perdido que, en

⁴ Véase mi libro. La niña de New York, que trata sobre la crisis espiritual que sufre Martí en esa época.

⁵ Vol. 2, 127-188. Las citas poéticas que siguen se refieren a este volumen.

vez de ser protegido por el padre según el tradicional concepto familiar, es, él mismo, quien brinda protección y refugio al progenitor; cito los versos finales de «A bordo» y «Oh nave, oh pobre nave», respectivamente:

Desatadas van las balas
Rodando por la cubierta,—
Y yo, en medio de la obra muerta,
Vivo de mi hijo, en las alas! (139).

Bien solitario estoy, y bien desnudo,
Pero en tu pecho, oh niño, está mi escudo (127)

Entre estos textos hay uno de escritura todavía más cifrada y secreta, llena de veladuras. Se trata de una divagación sobre otro viejo motivo suyo (la poesía como una joya labrada por la desdicha humana) que contiene un voto inquietante:

Mi pena es mi hija: ¡mi hija
No me la han de ver jamás! (160).

La afirmación es rotunda pero ambivalente: «hija» es, por cierto, una alegoría del sufrimiento y de la poesía que surge de él, pero también es, literalmente, la hija que las convenciones sociales le impiden mostrar. Y el lector atento de ciertos textos de la revista infantil *La edad de oro* (1889), que Martí escribía íntegramente, podrá comprobar los modos sutiles con los que el autor alude o hace envíos a la misma María Mantilla. Por ejemplo, el conocido poema «Los zapatos de Rosa» tiene esta dedicatoria: «A Mademoiselle Marie: José Martí», en la que discretamente liga su nombre al de ella; y en el cuento «Nené traviesa» se refiere melancólicamente a las dificultades de un padre que debe criar a solas a su hija y deja entrever que la Nené del texto es una máscara de María, cuyo nombre queda oculto bajo el genérico «la hijita»: «Él [el padre] no le decía “Nené”, sino “la hijita”» (OC: 18, 174).

Significativamente, cuando Martí decide escribir su *Diario de campaña* en medio de su expedición libertadora a Cuba, sabiendo que esas páginas son un documento trascendental de la gran pasión política que consumió su vida, vincula lo patriótico y lo paternal, dedicándolo a «Mis niñas», título bajo el cual abraza a las hijas legítimas de Carmita Mantilla, y a su propia María; dice la dedicatoria:

Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que mandé antes. No fue escrito sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que puede pasar hombre, iba pensando en Vds. (DC 27)⁶.

Este gesto, tan característico, de considerar a los hijos ajenos y propios como suyos «adoptándolos» afectivamente, otorga a un diario de guerra

⁶ Las siglas corresponden a la edición del Diario prologada por Ezequiel Martínez Estrada, que se cita en la bibliografía.

ciertas características de diario íntimo y aun de carta personal. Martí siente también que los Mantilla, a los que considera su familia, están ahora lejos en New York y que el *Diario* puede acercarlo a ellos, trayéndoles imágenes de Cuba y de sí mismo. Es como un abrazo que envuelve simbólicamente a dos familias: los compatriotas del exilio y los de la isla. Escritas en las mismas circunstancias que el *Diario*, las cartas a los Mantilla (especialmente las dirigidas a María) comparten su intensidad y parecen páginas arrancadas de un solo texto. Martínez Estrada afirmó que este *Diario* presenta «un cuadro de operaciones y un itinerario emocional al mismo tiempo» (8) y hay que coincidir, aunque tal vez haya que invertir la posición de los términos: en el orden y la intención, el plano íntimo es lo primero.

II. Los dos diarios

Lo que llamamos el *Diario de campaña* de Martí es, en realidad, un conjunto de anotaciones que corresponden a dos distintas etapas de su expedición revolucionaria, y que tiene visibles diferencias de tono y enfoque. Los dos diarios se consolidaron póstumamente en una unidad que no oculta la fisura que hay entre uno y otro. El primero, subtítulo «De Montecristi a Cabo Haitiano», va del 14 de febrero al 8 de abril de 1895, y cubre los pasos de Martí entre Santo Domingo (donde había desembarcado el 7 de febrero) y Haití, desde donde parte para Cuba el 11 de abril. Es éste el diario que precisamente dedica Martí a las Mantilla y que se preocupó por poner en sus manos. El segundo tiene un origen por completo distinto: se publicó por primera vez en 1940 como apéndice del *Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez*, y al año siguiente como texto autónomo y bajo el nombre de Martí, con introducción y notas del historiador Gerardo Castellanos G. Por una nota de éste nos enteramos de que el segundo diario, que se encontraba en el archivo de Máximo Gómez en La Habana, de donde fue extraído, está compuesto por 27 pequeñas hojas escritas con la microscópica caligrafía martiana. De extensión casi idéntica al primer diario, éste comienza el 9 de abril de 1895 y se interrumpe el 17 de mayo, o sea apenas dos días antes de su muerte en combate.

El primer *Diario* se ha publicado bajo otros nombres: «Páginas de un diario» o «Apuntes de un viaje», que tal vez le convengan más, no sólo porque subrayan el aspecto fragmentario de su escritura, sino porque en él hay poco de lo característico de un diario de campaña militar: escenas bélicas, actos de heroísmo, prédica ideológica o arengas patrióticas. El tono es intimista y familiar, como interesado en pintar detalles y menudas incidencias más que un cuadro épico. Había una razón que explica parcialmente ese

hecho: Martí, temiendo que el diario pudiese caer en manos del enemigo, suprime o limita el registro de datos de valor estratégico o militar que podrían poner en peligro la campaña; hay muy pocos nombres personales o topográficos, lo que dificulta saber dónde o con quiénes está en el momento en que escribe. El texto no es, pues, un manual de lucha montonera y su valor como documento logístico de la guerra de la independencia es muy relativo. Por ejemplo, el 25 de marzo de 1895, la fecha del famoso *Manifiesto de Montecristi* que Martí y Gómez firman, pasa sin que el primero haga ninguna anotación o comentario al respecto. Pero esa circunstancia táctica se une a otra razón de mayor peso y a la que antes he hecho referencia: el estilo, entre confesional y en clave, con el que Martí gustaba hablar de sí mismo. Así, el sabor de la prosa del diario no es secamente documental ni menos militar, sino discretamente personal y sobriamente estético: el de un hombre sensible, un artista (no precisamente un soldado) que se ve envuelto en el drama histórico de su pueblo y siente el impacto emocional de estar, al fin, entre los suyos. Y, como de costumbre, «los suyos» no son sólo los cubanos, sino los humildes hombres y mujeres caribeños que, en el camino, lo acogen, lo «adoptan» y lo hacen sentir en casa, aunque su misión es la guerra. Dominicanos, haitianos, portorriqueños, cubanos son miembros de su gran familia, a cuyo seno vuelve, lleno de nostalgia y esperanza.

La experiencia sustantiva a través de la cual Martí siente que empieza a recuperar la patria largamente perdida, es la contemplación del paisaje. Él, que había evocado el cálido monte cubano desde los fríos bosques del Catskill al norte del estado de New York, redescubre el trópico y sufre una revelación: este paisaje nunca dejó de ser suyo y puede identificarse plenamente con él. Hay un gozoso afán de describir ríos, árboles, pájaros, frutos. Pero, siendo profundamente subjetiva y poética, esa observación no es excluyente e individualista: es un ver que incluye a otros en un contorno común, donde los demás pueden reconocerse como iguales; el paisaje, al fin y al cabo, lo vemos todos y no es de nadie. Por eso Martí no habla frecuentemente en primera persona, sino en plural: «salimos», «llegamos», «nos rompió el día», etc. Por este motivo Martínez Estrada ha afirmado —un poco equívocamente— que el *Diario* es «impersonal» (11). Más propio sería llamarlo «transpersonal», pues el yo se disuelve en una armonía con el mundo circundante: fauna, flora, fenómenos naturales, hombres, todo lo hace vibrar con una emoción de reencuentro con algo entrañable, que los lectores de su poesía reconocerán muy bien⁷. Una palabra sintetiza esa celebración de la armonía del ser humano con un orden natural, hermoso en su simplicidad: el adjetivo «fino», que se reitera copiosamente en las dos partes del *Diario*. En Santiago de los Caballeros observa la manera de hablar de los hombres del lugar y anota:

⁷ Sobre el paisaje en el *Diario* véase Reinaldo Arenas, «Martí ante el bosque encantado».

La frase es aquí añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera (29).

Y al llegar a la localidad de La Vega siente un aire balsámico:

...era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, a un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña floreciente, corsada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña... (37)

Más adelante, tras una breve e intensa viñeta paisajística, ve aparecer a «un negro haitiano» y compone un verdadero cuadro verbal —el hombre delante y la naturaleza al fondo— del que concluye: «El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza» (59). Martí presta también una atención privilegiada al mundo de tradiciones y formas que dan espíritu a la vida popular, y a los giros del lenguaje que lo expresan: en la medicina y la cocina caseras, los refranes y las coplas, los ritos del trabajo y el descanso, el saber y el sabor del habla de las gentes más humildes, encuentra tesoros culturales que lo religan a su ámbito natal. La guerra en la que está envuelto, nos hace ver, es un modo de salvar esa anónima grandeza de los hombres de pueblo que él presenta en medallones ejemplarizantes. Del pintoresco General Corona, que, como un Buendía, ha peleado «más de ochenta peleas», nos dice:

Él quiere «decencia en el hombre» y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo «a quien le quiere prohibir el pensar» (49).

Pero el medallón más memorable del *Diario* es el del 5 de abril, que comienza «David, el de las Islas Turcas, se nos apegó desde la arrancada de Montecristi» (62-63). Ésta es una de las páginas más perfectas de Martí y de toda la prosa modernista. Con un delicado equilibrio rítmico, funde la descripción, el retrato, los detalles pintorescos y el soplo de la aventura marinera en una trampa que envidiarían Hermann Melville, Joseph Conrad, Álvaro Mutis y otros narradores que han sentido el romántico llamado del mar. No sólo es un magnífico trozo modernista: es también modernísimo⁸. Es difícil leerlo y olvidarlo porque brilla con un fulgor siempre renovado. Confirma, además, el impulso artístico que guía al *Diario* en medio de los embates e incertidumbres de la dura campaña. El trazo que distingue a todo libro es rápido, nervioso, pero la observación es exquisita, sutil, profunda. Ese arte de registrar lo fugaz de un modo duradero tiene algo de la improvisación musical, del gesto rapsódico y sincopado de la escritura contemporánea. Uno casi siente el aliento, la respiración agitada de Martí en la andadura de su prosa diarística. Elaborada entre ráfagas de impresiones e impulsos del momento, esta prosa artística deja a la vista

⁸ Fina García Marruz ha observado cómo Martí agiliza la estructura sintáctica de la frase haciendo un uso muy innovador de los dos puntos, lo que le permite suprimir elementos conectivos y desplazarse, sin cortes, de un plano a otro de la realidad observada. Véase su ensayo preliminar a la edición de los Diarios, 43-44.

—como tallada en una piedra en bruto— los ángulos imperfectos y las tronchaduras de una composición azarosa.

Aunque Martí sabe hablar de sí mismo a través de la contemplación de la naturaleza y el cálido contacto con gentes anónimas, en varios pasajes del *Diario* el relato se interioriza mediante recuerdos y confesiones más personales. La anotación del 3 de abril es la simple transcripción de unos versos suyos, que están cargados por la desazón de padre de una hija la que no puede llamar suya:

Un rosal cría una rosa
Y una maceta un clavel.
Y un padre cría a una hija
Sin saber para quién es (60).

Y el drama de escribir al mismo tiempo que debe callar vuelve a estimular en él esa tendencia por la alusión oblicua y el desnudamiento pudoroso. En la última anotación del primer *Diario*, del 8 de abril, encontramos esta agónica reflexión sobre sus problemas conyugales y sus deberes de cubano:

Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar, ni de patria, ni de mujer. A la patria, ¡más que palabras! A la mujer, o alabanza, o silencio. La vileza de nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro hombre. (65).

III. Martí y la cuestión de la guerra nacional

El cambio de tono en el segundo *Diario* es, como ya señalé, muy marcado. Por momentos, las brevísimas y rápidas anotaciones parecen sólo claves mnemotécnicas para no perder impresiones fugaces sobre las cuales realmente no tiene tiempo de escribir. Por ejemplo: «Salimos del Cabo. Amanecemos en Inagua. Izamos velas» o «Bote. Salimos a las 11. Pasamos rozando a Maisi, y vemos la farola» (69). El ritmo de la prosa se hace más apremiante, desasosegado: la campaña ha entrado en un período decisivo y problemático. Aun así se las arregla para introducir retratos, pasajes evocativos o puramente descriptivos, como el anotado el 18 de abril y que comienza «La noche bella no deja dormir» (74). Pero, por primera vez en su diario, Martí encara la violencia de la guerra y las difíciles disyuntivas morales en las que lo coloca. Alguna vez nos revela la inquietud por su propio endurecimiento ante el espectáculo de la muerte: «¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que vi en el camino?» (81).

Hay, por lo menos, dos instancias en las que la registra con un tono de alto pero contenido dramatismo: una es el consejo de guerra de Masabó,

un hombre acusado de haber violado y matado. Lo sentencian a muerte. Martí observa que el reo recibe la noticia «sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo»; luego agrega un patético detalle de su muerte: ya en el lugar de la ejecución, Masabó pregunta: «¿Cómo me pongo, coronel? ¿De frente o de perfil?» y el autor concluye: «En la pelea era bravo» (88). Otra ejecución de un hombre de la tropa expedicionaria, que Martí parece haber presenciado al lado del general Máximo Gómez y que éste realiza en persona, es descrita así:

...manda Gómez, con el rostro demudado y empuña su revólver, a pocos pasos del reo. Lo arrodillan, al hombre, espantado, que aún, en aquella rapidez, tiene tiempo, sombrero en mano, para volver la cara dos o tres veces. A dos varas de él, los rifles bajos. ¡Apunten!, dice Gómez: ¡Fuego! Y cae sobre la yerba muerto (95).

En este *Diario*, aparte del general Gómez, aparecen varias figuras militares como Antonio Maceo y Ángel Guerra. Sobre su relación, de gran trascendencia histórica, con los dos primeros, hay algunas páginas reveladoras de las tensiones que existían entre ellos a pesar de la unidad del ideal liberador. Esas tensiones se precipitan durante los álgidos días de la campaña, pero tienen raíces muy hondas y antiguas; es imposible examinarlas debidamente en esta ocasión. La tarea es además materia de los historiadores de la vida política cubana, lo que yo estoy muy lejos de ser⁹. Pero al menos cabe señalar que no se trataba sólo de una diferencia de temperamentos y estrategias, sino de una discrepancia radical sobre dos conceptos básicos: el de *guerra de liberación* y el de *nación*.

El epistolario de Martí con Gómez documenta esas discrepancias desde por lo menos 1884, pero el *Diario* señala su punto crítico, pues se manifiesta en pleno campo de batalla. Para Martí, la guerra era el medio por el cual se crearían las instituciones civiles indispensables para dar nacimiento a la nación cubana; por lo tanto, el liderazgo militar tenía que ser responsable ante los clubes y organizaciones de veteranos y emigrados reunidos en el Partido Revolucionario Cubano (1892), que había encargado oficialmente a Gómez la conducción de la campaña, en la que Martí era Delegado del Partido. Para Gómez, el objetivo primordial era asegurarse del éxito de la operación bélica, para lo cual exigía el control total de la misma, convencido de que sólo una dictadura militar podía culminar el proceso revolucionario cubano. En esto, la posición de Maceo era más próxima a la de Gómez que la de Martí, a quien consideraba un «retrógado» (Hernández 18). En realidad, los fracasos y disensiones internas durante las campañas de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y la Guerra Chiquita (1879-1880), le habían confirmado a Martí que tan importante como planear la guerra era asegurar las bases de la sociedad civil que nacería de ella. En el citado *Manifiesto de Montecristi*, Gómez y Martí habían asegurado «la

⁹ Véase, por ejemplo, José M. Hernández, *Cuba and the United States, sobre todo el capítulo 1*. Se cita en el texto como Hernández.

indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados» y aun su respeto por el «español neutral y honrado, en la guerra y después de ella» (OC: 4, 94). Pero ésta era, en verdad, la posición de Martí, no la de Gómez, cuya actuación iba a contracorriente del ideal democrático e igualitario de aquél, expuesto en las *Bases* aprobadas en febrero de 1982¹⁰.

Dos momentos en el segundo *Diario* contienen reveladoras escenas de ese drama político. Uno es el encuentro con Maceo (mayo 5) que aparece triunfal «con un caballo dorado, en traje de holanda gris» (88) y se traba luego en una acre discusión con Martí (Maceo llega a decirle: «Lo quiero menos de lo que lo quería» y lo trata sarcásticamente de «doctor Martí», (89), en un típico debate entre autoridad militar y autoridad civil. Ante los agravios, Martí amenaza con renunciar y sintetiza así su posición: «El ejército libre, y el país, como país con toda su dignidad representado» (*ibid.*). Y días más tarde (mayo 10) nos describe el duro debate entre Gómez y otros hombres sobre la cuestión de quién manda en la revolución y qué es lo que ésta persigue tras la victoria. Uno de esos hombres contesta al desafiante Gómez: «Porque nosotros hemos venido a la revolución para ser hombres y no para que nadie nos ofenda en la dignidad de hombres» (101)¹⁰. El lector puede sentir la aprobación con la que Martí cita esa respuesta. En este asunto la discreción de Martí es visible: su reticencia es la que habla en medio de los silencios que, como agujeros negros, velan el texto. Quizá escribió más, pero bien sabemos que manos ajenas arrancaron dos páginas del original: las que corresponden al 6 de mayo, precisamente el día siguiente de su entrevista con Maceo.

Es una lástima que eso haya ocurrido porque la actualidad de estos debates es asombrosa: ¿no estamos acaso viendo hoy en Cuba cómo el poder omnímodo de una estructura partidaria, heredera de una revolución militar y encarnada en un caudillo absolutista, se atribuye la representación del país entero y lo suplanta en palabra, acción y destino? Esa usurpación es la que presentía Martí cien años atrás. El dilema del militarismo y el caudillismo no es sólo cubano, sino latinoamericano y nos ha marcado a fuego. Pero el caso de Cuba es el más dramático porque, sufriendo a la vez la profunda escisión de sus gentes, la debilidad de sus instituciones democráticas y la crónica intervención extranjera, parece estar encarando todavía su incompleta guerra por la independencia. Pero si ese proceso debe completarse por la misma vía, no puede ser sino librando la «guerra de espíritu y método republicanos» que soñó Martí para liberar a su patria.

¹⁰ Sobre las diferencias entre estas dos figuras, consúltese su Correspondencia con el General Máximo Gómez (Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1992); 18 de mayo de 1895, un día antes de su muerte que quedó inconclusa, pero en ella registró importantes precisiones sobre la cuestión de la guerra y la república; después de afirmar que su autoridad como representante de la emigración debe ser renovada «conforme a su estado nuevo, [por] una asamblea de delegados del pueblo cubano», escribe: «...quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana —la misma alma de humanidad y decoro, llena de anhelo de la dignidad individual en la representación de la república que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios» (Martí por Martí, ed. de Salvador Bueno, México, Presencia Latinoamericana, 1982, 263).

José Miguel Oviedo

Bibliografía

- ARENAS, REINALDO. «Martí ante el bosque encantado». *Necesidad de libertad*. México: Kosmos, 1986, 57-61.
- BEAUJOUR, MICHEL. *Poetics of the Self-Portrait*. New York: New York University, 1991.
- GARCÍA MARRUZ, FINA. «Ensayo preliminar». En José Martí: *Diarios*. La Habana: Editorial Libro Cubano, 1956.
- GÓMEZ MÁXIMO. *Diario de campaña del Mayor General...* Introducción de Gerardo Castellanos G. La Habana: Talleres del Centro Superior Tecnológico, 1940.
- GUSDORF, GEORGES. «Conditions and Limits of Autobiography». James Olney, ed. *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*. Princeton: Princeton University Press, 1980, 28-48.
- HERNÁNDEZ, JOSÉ M. *Cuba and the U.S. Intervention and Militarism, 1868-1933*. Austin: University of Texas Press, 1993.
- MARTÍ, JOSÉ. *Obras completas*. 27 vols. La Habana: Editora Nacional de Cuba, 1963-1973.
- . *Diario de campaña de... De Cabo Haitiano a Dos Ríos*. La Habana: Ediciones del Instituto Cívico Militar, 1941.
- . *Diario de campaña*. Prólogo de Ezequiel Martínez Estrada. Montevideo: Biblioteca de Marcha, 1971.
- . *Poesía completa*. Ed. crítica del Instituto de Estudios Martianos. 2 vols. La Habana: Letras Cubanas, 1985.
- OVIEDO, JOSÉ MIGUEL. *La niña de New York: una revisión de la vida erótica de José Martí*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- SANTÍ, ENRICO MARIO. «Meditación en Nuremberg: los últimos días de José Martí». Ottmar Ette y Titus Heydenreich, eds., *José Martí 1895-1995, Lateinamerika-Studien* 34, 23-28.
- SZÁVAI, JÁNOS. *The Autobiography*. Budapest: Akadémiai Kiadó, 1984.